

corresponder con la sinceridad de sus sentimientos á la magnánima generosidad de vuestro corazón, y al ciudadano que empieza á iniciarse en la vida del país, para proclamar al guerrero esforzado, cuyo nombre oyó por primera vez entre las bendiciones de sus mayores, al recordar la reconstrucción y la integridad del país argentino.

Señor: Representáis en la historia nacional el papel múltiple que corresponde á los grandes ciudadanos de los pueblos en formación. Las crónicas de lejanos tiempos nos han referido la vida de los varones clásicos, que fundaron naciones con el esfuerzo de su valor en la guerra y el ejemplo de su virtud en la paz, afrontando todas las tareas, formando su espíritu para todas las fatigas; y la tradición viva de nuestros antepasados nos ha enseñado que la estirpe que fundó la libertad á orillas del Plata y de ambos lados de los Andes, tuvo la misma pasión por el trabajo, que suple la falta de medios, y encontró en su patriotismo fuerza para llevar las armas del soldado en los combates, la toga del letrado en los parlamentos, y la austera sencillez del hombre honrado, en la pobreza, en el poder y en el destierro.

Esa virtud debía tener herederos como los tuvo la obra que creó, y á la generación fundadora de la nacionalidad sucedió la que debía organizarla, imitando el civismo y la tarea sin tregua de los grandes patricios de la revolución.

Estáis, señor, á la cabeza de esa generación de trabajadores incansables, orgullo de la patria y objeto de nuestra veneración por su ardiente patriotismo.

¡Patriotismo! He ahí el concepto enaltecedor de vuestros actos. Los años se han acumulado sobre vuestra noble frente, trayendo en cada día la obra y la fe; jamás el descanso, jamás el abatimiento. Habéis luchado por la libertad propia y por la extraña, resistiendo los choques de la adversidad con la coraza del republicano. En los negros días de la tiranía, cuando un decreto fatal de la Providencia había dispuesto que se retemplara la sangre argentina, haciendo suceder á una generación nacida de héroes, otra generación hija de mártires; como en el día de la victo-

ria, cuando el pueblo levantaba vuestro nombre de triunfador sobre las ruinas de la segregación nacional, os mostrasteis siempre el mismo, defendiendo con la espada ó con la idea los altos principios, sin que alterasen vuestro carácter, vaciado en el molde antiguo, ni las crueles durezas del ostracismo, ni las suntuosidades del mando.

Y después de descender de las alturas del poder para seguir gobernando la opinión por la prudencia y el consejo, presentáis el bello ejemplo del gran ciudadano, amado por el pueblo, respetado por los extraños y objeto de las más nobles demostraciones de gratitud contemporánea que hombre público alguno de nuestra América haya recibido de sus conciudadanos.

Este ejemplo necesitábamos honrar nosotros, que no conociendo aún el rudo combate de la vida política, buscamos modelos entre los que la cruzaron recogiendo en la ardiente lucha donde tantos caen, gloria y gratitud para su nombre. Pero no sólo habéis enseñado con la acción: habéis también difundido los principios con la palabra y la pluma, desde la prensa, desde la banca del legislador ó desde la cátedra augusta de la historia.

Habéis sido y sois el modelo del estudioso; y la juventud que pasa su vida apropiándose con esfuerzo los secretos de la ciencia, no puede recordar sin admiración la perseverancia de un humilde oficial de artillería que, lejos de su patria, sin recursos y sin hogar, acomete los más serios estudios, aprende á cantar con palabra inspirada las glorias de los héroes, funda periódicos para hacerse apóstol de la libertad contra el tirano, é investiga la vida de los antepasados para narrarla más tarde en páginas inmortales, llegando á colocarse entre los maestros del pensamiento. Y ya en la ancianidad, cuando el cuerpo pide reposo y el ánimo no puede pedir más gloria, por estar agotada la que pueden conceder los contemporáneos, conmueve de nuevo al pueblo, que se reune para saludar al viejo patricio, que, incansable en la tarea, vuelve de los campos de batalla más grandiosos del continente, donde ha ido el historiador á reconstruir para las

nuevas generaciones la epopeya triunfante de la Independencia Americana. Es, señor, que habéis practicado también las virtudes de los patriotas cuya vida narráis, y con más modestia que aquellos generales griegos dedicados en su respetada ancianidad á escribir las hazañas en que habían sido actores, habéis empleado vuestra inteligencia en escribir y vuestra voluntad en imitar la vida de los grandes padres de la patria.

Señor general Mitre: He ahí los sentimientos que nos han traído á saludaros en este día. Una sentencia de los antiguos aconsejaba honrar á los grandes ciudadanos, porque, decían, donde más se honra la virtud, es donde se producen hombres más virtuosos.

Cumplimos, pues, con un deber, trayéndoos la manifestación de nuestro agradecido entusiasmo, y el sincero voto porque durante largos años pueda venir la juventud á rodearos, para escuchar vuestra palabra de sabiduría y admirar vuestra vida, llena de virtud.

NOTA X.—Tomo III, página 59

ARTÍCULO ESCRITO POR EL GENERAL B. MITRE
AL DÍA SIGUIENTE DE LOS FUNERALES DEL DOCTOR JUAN
CARLOS GÓMEZ

ACCIÓN PÓSTUMA

¡Cuán eficiente es la acción de la virtud y qué poderosa es la influencia de las ideas, que producen movimientos sincrónicos en las almas estremecidas al soplo de un mismo sentimiento, que hace palpar á unísono los corazones y hace brotar de todos los labios espontáneamente las mismas palabras que responden á una aspiración que está en todos!

Los funerales de Juan Carlos Gómez en el día de ayer, son un comprobante elocuente de esa acción, de esa influencia, de ese poder, de esa armonía moral que se condensa

en un momento dado por atracciones secretas y se alza como un himno íntimo al compás de los latidos de todos los corazones.

Es como la nube de incienso que tiende siempre á ascender al cielo, á pesar de los obstáculos que se opongan á su leve paso; como el agua flúida que busca su nivel al través de valles y montañas; como el golpe repetido del martillo que rompe al fin las masas metálicas que resisten á las más poderosas percusiones; como la molécula imponderable de vapor que en su dilatación elástica hace estallar las sólidas paredes que la encierran, demostrando en el mundo material la irresistible acción del poder moral que gobierna al mundo, no obstante los obstáculos que oponga la fuerza opresora.

Ayer caía en la batalla de la vida un muerto desarmado, sin poder, sin influencia, proscripto de su patria, huérfano en su hogar hospitalario, pobre y sin ninguno de los atributos externos de la humana grandeza ó del brutal poderío que sojuzga los cuerpos sin quebrar las voluntades, y al convertirse en cadáver se trasforma en una potencia que atrae á sí irresistiblemente y sin violencia todas las voluntades y todos los ideales vagos y flotantes esparcidos en la atmósfera moral que lo envolvía.

Y ayer mismo, en torno del féretro de ese muerto de quien nadie esperaba nada, que ya nada podía dar, porque había dado todo lo que su mente y su alma encerraban en el vaso de arcilla que se ha roto, su mística esencia impregnaba todas las almas estremecidas por el soplo póstumo del pensador, que subordinó su inteligencia á la ley eterna de la moral, única reguladora de los movimientos colectivos en el dominio de la conciencia.

Es que sobrevive á la materia perecedera el espíritu inmortal que se incorpora á las almas y prolonga las vibraciones de aquellas naturalezas privilegiadas que, con el instinto del bien, enriquecen el tesoro de la conciencia humana con elementos que la perfeccionan y por afinidades colectivas.

El mismo Juan Carlos Gómez, que con tanta fortaleza

ha perseverado en la línea recta que se trazó en el curso de la vida, no tenía la plena conciencia de su poder eficiente en el orden moral ni de su acción contemporánea y posterior en su tiempo y en su posteridad.

Tres días antes de morir, un amigo, que le visitaba en su lecho de dolor, le reprochaba blandamente el haber manifestado cierto desaliento respecto del poder de la idea que á pesar de todo gobierna al mundo, y de la prepotencia del derecho que se impone á la fuerza misma, que puede quebrantarle todo, menos la ley que á todos nivela.

El había dicho en la cátedra, en su introducción al estudio de la filosofía del derecho, que jamás se había hablado más de derecho que en el presente siglo, y que jamás el derecho había sido más mentido y gobernado menos á los hombres. Esta fué la «novísima verba del maestro, que en un momento llegó á dudar que el mundo moral se movía á sus pies, desconociendo que estaba triunfante, según su propia premisa, y á cuyo triunfo él mismo había contribuído.

Decíale el amigo que procuraba confortar su espíritu consolando al doliente, que en ese postulado suyo iba envuelta la idea del predominio del derecho sobre la fuerza que no se ajusta á la ley.

En efecto, le agregaba, si nunca se ha hablado más de derecho que en esta época, es que su esencia está incorporada á todas las almas, que su espíritu ha impregnado todas las conciencias, y que él está triunfante en los dominios inviolables de la naturaleza humana, aun cuando no lo estuviese en los hechos y en los poderes materiales que pretenden impedir que el humo ascienda, que el agua circule y que el vapor se dilate.

Pero, que no era cierto que el derecho no gobernase á los poderosos por su simple gravitación, no sólo en teoría sino prácticamente, más que las masas de hierro y bronce que no podían alterar su inmutable equilibrio.

El siglo que había producido á un Benthan proclamando el sistema lógico de la legislación, que había tenido un Bluntschli que redujese á fórmulas científicas la noción del Estado arreglado á ley natural, que había tenido un

Herbert Spencer que teorizase las transformaciones evolutivas del derecho en los dominios de los hechos que concurren á su progreso indefinido, había alcanzado el ideal de la noción del derecho, y por lo tanto, estaba incorporado perpetuamente á la naturaleza humana.

Que en el orden material donde él veía la fuerza sin freno, predominante sobre el derecho ideal ó teórico, allí también se imponía su ley virtualmente, desplegando triunfalmente su bandera sobre las bayonetas vencedoras, vencedoras de todo, menos de lo que es invencible, que es la indomable conciencia de los hombres independientes y libres por su naturaleza.

Que no era un Espartaco moderno el que había emancipado á los millones de esclavos negros que aun gemían en cadenas en pleno siglo XIX; sino sus mismos poderes fuertes vencedores de todos los Espartacos antiguos y modernos, que obedeciendo á un irresistible impulso y aconsejados por el instinto de la conservación social, habían manumitido á los esclavos en homenaje al derecho de la libertad humana de todas las razas, en todos los climas y por los siglos de los siglos.

Que la pena de muerte, como vindicta de la sociedad contra los que violaban sus leyes positivas ó convencionales, era un sentimiento predominante en las conciencias falseadas por el espectáculo de la fuerza imperante armada de la cuchilla del verdugo, y que sin embargo, por efecto de una reacción moral y saludable, operada en el silencio de las conciencias, la vida humana se había declarado inviolable hasta para el criminal en la teoría y en la ley positiva en nombre del derecho del hombre á vivir según la ley de su Creador.

Que las armas triunfantes, sobre todo el haz de la tierra, con el derecho de vida y muerte sobre sus enemigos vencidos, habían dictado la ley implacable del exterminio ante la espada levantada, y que, sin embargo, esas mismas armas se inclinaban ante la bandera blanca de la Cruz Roja que amparaba al herido en el campo de batalla en

nombre del derecho humano que triunfaba de los mismos vencedores.

Que á un campeón del derecho, que tanto había trabajado por su predominio, podía y debía reprochársele amistosamente, que á la par de los abusos de la fuerza triunfante y de la corrupción que invadía las altas regiones del gobierno, no hiciese resaltar las grandes victorias del derecho, á que concurren los mismos poderes vencedores por la fuerza de las cosas.

Juan Carlos Gómez, postrado por la dolencia que lo llevaba lentamente al sepulcro, complementó su «novísima verba» pública de la cátedra, declarando en el seno de la intimidad, que ése era un desarrollo lógico de su criterio, y que no había hecho sino bosquejar sus prodromos de la filosofía del derecho ante los hechos brutales, para llegar en definitiva al resultado necesario hacia el cual gravita la humanidad.

Faltóle sólo en aquel momento supremo la intuición del argumento más concluyente en favor de la prepotencia moral del derecho, no obstante los obstáculos que se opongan á su marcha progresiva, y ese argumento era el de sus propios funerales como acción póstuma del poder eficiente de las ideas por él profesadas en el curso de su laboriosa carrera de propagandista y combatiente tantas veces vencido y desarmado, y por última vez y para siempre triunfante en el sepulcro en sus despojos inanimados.

Los funerales de Juan Carlos Gómez, han tenido un sello verdaderamente popular: el sentimiento ha estallado movido por una fuerza latente; han revestido el carácter de una espontánea manifestación político-moral que se ha armonizado en un solo pensamiento, que respondía al pensamiento, á la aspiración íntima que estaba en todos y cada uno.

Esos funerales que son recuerdo de ayer y que harán época, ha sido la revelación de la acción póstuma de un muerto desvalido, vencido, huérfano, que cayó con su idea, y con ella se levanta triunfante ante los presentes, y vivirá con ella en la posteridad, como una prolongación de su

ser moral: es su último acto. Es la acción latente del derecho humano, de la libertad, de la justicia, de la verdad, que constituían su credo, y constituyen el ideal de todos los que piensan y sienten, y que triunfa hasta con sus muertos, aunque los hombres vivos de carne y hueso se opongan á su vuelo en los espacios hasta donde no llegan los cañones de más calibre y de más largo alcance.

Dos pueblos hermanos, representados por lo que tienen de más viril y de más inteligente, se han reunido en torno del cadáver de Juan Carlos Gómez; hombres de todos los partidos políticos lo han conducido al sepulcro, depositando sobre él la palma del triunfador caído sobre su escudo de combatiente; oradores que no le conocían, venidos de los cuatro vientos del horizonte, han pronunciado la colectiva oración fúnebre, y pueblos, partidos y oradores, todos por acuerdo tácito, han abundado en el mismo sentimiento, y en diversas formas han manifestado la misma idea que encontraba ecos unísonos en el piadoso y conmovido auditorio. Todos los discursos, casi sin excepción, dan testimonio de este hecho revelador en su nota tónica, vibración armoniosa de una conciencia pública, que tiende á manifestarse y dilatarse.

Más que una ovación popular de ultratumba, más que un acuerdo internacional, más que una manifestación política, ha sido el estallido espontáneo del sentimiento público, en que ancianos, jóvenes, blancos, colorados, liberales, situacionistas y desheredados del derecho de tomar parte en el propio gobierno, han protestado contra la corrupción política y social en ambas márgenes del Plata, que se satisface con los goces sensuales del poder en la plutocracia que pervierte el sentido moral y enerva el espíritu público, señalando en medio de la prosperidad material que sólo tiene por símbolo el oro y el hierro, los peligros de una situación que sólo reposa sobre la fuerza y el progreso material, sin propiciarse el concurso de las fuerzas morales que se encarnan hasta en un cadáver y gobiernan los movimientos de la opinión en los pueblos libres.

La apoteosis de Juan Carlos Gómez, es una lección en

que deben inspirarse los poderes fuertes de una y otra orilla del Plata, que sólo estiman el poder del oro y el poder del hierro, sin tomar en cuenta las fuerzas irresistibles de la opinión, que levanta un féretro con unos pobres huesos quebrantados más arriba de todos los poderosos triunfantes.

El triunfo que ha alcanzado Juan Carlos Gómez, muerto en la proscripción y en la orfandad, no lo podrían imponer los que despreciando sus ideas y sus principios, lo proscribieron de la vida pública, y sólo podrían merecer una hoja de su corona póstuma ó ser iluminados por uno de los reflejos de su gloria cívica, el día en que, inspirándose en su ejemplo, aprovechan la saludable lección que por su acción póstuma les da, aun después de muerto, que vive más que ellos en el corazón del pueblo.

NOTA XI.—Tomo III, página 80

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR MARIANO VARELA
EN LA MANIFESTACIÓN DEL PUEBLO DE BUENOS AIRES AL CUMPLIR EL GENERAL MITRE LOS 66 AÑOS
DE EDAD

Junio 26 de 1887.

General Mitre:

Otra vez el pueblo de Buenos Aires viene á turbar la tranquilidad de vuestro hogar para expresaros, con la elocuencia del entusiasmo, la admiración, el respeto y el cariño que os profesa, y perdonadnos si venimos á mezclar en este día nuestras alegrías á las de los que, llevando vuestra sangre, os ven alcanzar un año más en la jornada de la vida.

Perdonadnos: Necesitamos estas expansiones en la época dolorosa que atravesamos: necesitamos llegar hasta nuestros grandes ciudadanos y descubrirnos ante ellos, para significar bien alto que conservamos viva nuestra fe en la

santidad de los principios, y que si nos halagan los grandes progresos materiales como signos señalados del desarrollo y la fuerza vital del país, anhelamos que ellos no se obtengan con el sacrificio de la libertad y del derecho, que como pueblo digno y grande debemos conservar para mantener incólume la herencia que recibimos de los héroes esforzados que rompieron las cadenas que nos ligaban á los tronos.

Vuestra vida ha sido vida de batalla. Orador, soldado, publicista, vuestra palabra, vuestra espada y vuestra pluma han estado constantemente al servicio de la libertad, el derecho y la justicia, y es gloria vuestra y es honor de la patria, que en la cumbre del poder no hayáis olvidado jamás que los gobernantes son simples mandatarios del pueblo que los levanta, con la misión de levantarlos y engrandecerlos.

Así se explica cómo un hombre que ha vivido como vos en el poder durante tantos años, haya descendido de él honrado y con esa cicatriz en la frente por única fortuna, volviendo modestamente desde el primer día al yunque del trabajo diario para llenar las necesidades de la existencia; pero esa cicatriz, general Mitre, es una corona de gloria por lo que ella simboliza, cuyo brillo no alcanzarán jamás á eclipsar, con todas sus grandezas, los explotadores de las altas posiciones políticas.

Mientras otros buscan despertar la atención con oropes y artificios, vos, distinguido conciudadano, escudado con vuestros antecedentes políticos y con vuestra vida pública por emblema, lleváis un nombre que la América y la Europa respetan.

Mientras otros se preocupan de satisfacer aspiraciones siempre crecientes, vos pedís á vuestra inteligencia inagotable nuevos elementos para engrandecer la patria y en libros imperecederos relatáis al mundo la epopeya de nuestra gloriosa independencia, honrando la memoria de los ilustres varones que hicieron flotar al viento por primera vez la hermosa bandera azul y blanca, «que parece flamear»

do en las alturas, blanca nube que cuelga de los cielos con un jirón del firmamento atada.»

Los pueblos en todo tiempo saben hacer distinciones, y hay personalidades que se imponen porque sus virtudes cívicas tienen el poder de los rayos del sol, cuya luminosa claridad no consiguen apagar todas las emanaciones de la tierra y todos los vapores acumulados.

Vos sois una de esas personalidades, general Mitre, y es lo prueba la manifestación de simpatía y respeto de que sois objeto en este momento y á la que concurren, estoy seguro, algunos individuos que no pertenecen á vuestra filiación política, ni aceptan las ideas que expreso en este momento con mi vehemencia natural, como el eco dolorido de la gran mayoría del país, desconocida en sus derechos, al extremo de no poder daros un asiento en el parlamento argentino, á vos, el representante genuino del pueblo de la República, á cuyo servicio ha estado toda vuestra vida.

Vuestra personalidad se impone por vuestros honrosos antecedentes, por vuestra ilustración, por vuestras virtudes cívicas, y sobre todo, por el ejemplo que habéis dado, respetando la soberanía del pueblo en el poder, y bajando de él, para confundiros en sus filas, dispuesto á defender siempre la libertad, el derecho y la justicia.

Vuestro último sacrificio personal por el pueblo argentino, ha sido arrancar de vuestros hombros los entorchados de general gloriosamente ganados en cien combates y tomar vuestro puesto como soldado para seguir batallando por la noble causa que, vencedora ó vencida, os ha contado siempre en el número de sus apóstoles más fervientes.

No importa que las charreteras no estén en vuestros hombros: para el pueblo siempre seréis el general Mitre, y sobre todo—un título que vale más que ése,—para el pueblo siempre seréis uno de sus primeros y más grandes ciudadanos.

Es natural que en vuestra carrera pública de cuarenta años y en las eminencias donde habéis sido colocado, la pasión, el odio y la injusticia que engendran las luchas de la democracia, hayan pretendido obscurecer la gloria que

os circunda; pero á este respecto, haciendo más las palabras de un orador chileno, os diré «que la ley natural se ha cumplido en vos.»

«Es la Naturaleza la que ha resuelto en sus leyes eternas, que siempre sea en el mar la roca más fuerte la más furiosamente embestida por las olas y que, en la tierra, sea la cumbre más alta, la más herida por los rayos y la más azotada por los huracanes.»

Yo mismo me he encontrado á vuestro frente en otras ocasiones, buscando por distinto camino los mismos resultados; pero llega un momento en que, en nombre y en el interés del bien público, los hombres de principios se encuentran siempre, custodiados por la misma bandera.

General Mitre: ¡Vuestra misión no está concluída!

¡El pueblo argentino tiene hambre y sed de libertad y justicia!

No sé si se habrá roto el molde en que fué vaciada vuestra naturaleza de privilegio; pero sí sé que en los treinta y cinco años que nos separan del día en que cayó la horrenda tiranía de Rosas, no ha aparecido en la República otro patricio que, como vos, tenga el poder de despertar al pueblo argentino de su letargo, señalándole el rumbo que debe seguir para recobrar el camino que ha de llevarlo á sus grandes destinos.

No me equivoco, cuando creo que interpreto en este momento la voluntad de la República, pidiéndoos que os pongáis de nuevo resueltamente al frente de un gran movimiento de opinión, que restituya á la patria los gobiernos de orden, moralidad é instituciones, de que fué un ejemplo el vuestro.

Ahí anda Gladstone, el viejo luchador de la Inglaterra, cargado con el peso enorme de sus años, dando muestra de cómo los hombres que llegan á la altura en que os encontráis, no tienen un día de descanso mientras las ideas por que batallan no han alcanzado la victoria definitiva.

Ahora, general Mitre, permitid una expansión á mis sentimientos personales. En mi modestia, siento orgullo de haber sido el elegido para haceros llegar la expresión del

cariño y el respeto con que os saludan en este día los millares de personas que circundan vuestro hogar.

Esto me prueba que mi fe inquebrantable en los principios y mi intransigencia con la inmoralidad y la bajeza, me dan un lugar en la estimación de mis conciudadanos.

En este abrazo, encierro mis votos fervientes porque el Cielo prolongue vuestra vida para bien de la patria y felicidad de los vuestros.

APÉNDICE DE LA TERCERA EDICIÓN

NOTA I

MANIFIESTO DEL GENERAL MITRE
AL PUEBLO ARGENTINO RENUNCIANDO SU CANDIDATURA
Á LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA
EN 15 DE OCTUBRE DE 1891 (*)

Señalado espontáneamente por la opinión como candidato á la presidencia de la República en el próximo período constitucional, acepté la candidatura, sin más ambición que la del bien público, con el propósito de fundar un gobierno de todos y para todos, que normalizase las condiciones políticas y económicas del país, si el voto libre de mis conciudadanos me llevaba á la primera magistratura.

En las circunstancias difíciles que atraviesa nuestra patria, que excluyen toda ambición personal ó exclusivismo partidista y en que es necesario el concurso eficaz de todos sus hijos y la unión eficiente de las voluntades para dominarlas ó remediarlas en lo posible, ningún ciudadano que se inspire en los sentimientos del patriotismo ó se guíe por el instinto de la conservación colectiva, puede aspirar al mando ni disputarlo y si sólo puede aceptarlo como una imposición del deber ó como una solución nacional, contando con los medios suficientes de opinión y de gobierno, para responder á las necesidades que lo llamen á desempeñarlo en nombre de un interés supremo.

(*) A pesar de no haber sido pronunciado de viva voz, damos este manifiesto, considerándolo una verdadera arenga.